

De la Epístola del Apóstol san Pablo a los Filipenses:

“Hermanos míos, a quienes tanto quiero y extraño: ustedes, hermanos míos amadísimos, que son mi alegría y mi corona, manténganse fieles al Señor.”

Reflexión por Fray Carlos Salas, OP:

La Cuaresma es llena de simbolismo. Comenzamos esta temporada como ninguna otra, en el centro de la semana, como para significar que nuestro arrepentimiento comienza en cualquier día de la semana. Y, para esto, hicimos algo que no hacemos más que una vez al año: tomamos ceniza. Estas cenizas nos recuerdan un par de cosas: que nos reduciremos al polvo en nuestra muerte, es una invitación a recordar nuestra muerte—*memento mori*—y también nos recuerdan que somos pecadores y que nuestra alma tiene manchas que solo Dios puede limpiar. En la iglesia usamos el color violeta, así como vistieron a Jesús en Su Pasión (Mt 27:28, a veces traducido como púrpura o escarlata). Lo vistieron con colores de la realeza para burlarse de Él, ya que no lo creían rey. Así tenemos esa asociación del color violeta con la cuaresma, como una temporada de penitencia en la que recordamos nuestros pecados, nos arrepentimos de ellos, y los traemos al pie de la cruz, pidiéndole a Jesús Su perdón.

El simbolismo es crucial para seres de carne y hueso como nosotros, ya que nuestro conocimiento es canalizado a través de los cinco sentidos. Abram recibe la promesa de Dios en la lectura del libro del Génesis. Abram ya conversaba con el Señor pues le dijo, “Yo soy el Señor, el que te sacó de Ur, ciudad de los caldeos, para entregarte en posesión esta tierra.” Sin embargo, Dios conoce bien al ser humano y utiliza símbolos para que Abram pueda comprender a un nivel más profundo Su mensaje. Es por esto que le pidió a Abram que trajera a esos animales y los cortara, para establecer una alianza y que así Abram no dude que es el Señor el que le habla. Es por eso por lo que, al presenciar el brasero humeante, Dios comunica Su mensaje con Abram y el pueblo elegido. Además, en el Nuevo Testamento continuamos con signos que nos continúan revelando la fe. Tenemos a uno en la primera línea del Evangelio de hoy: “[Jesús] subió a un monte para hacer oración.” ¿Acaso era necesario que Jesús subiera a un monte para orar? Esto no era necesario, sino que lo hizo para simbolizar que ahí se encuentra más cerca de su Padre. La simbología abunda en esta lectura, Su rostro cambió de aspecto y Sus vestiduras se hicieron blancas y radiantes. Fue la Transfiguración del Señor, donde Pedro, Santiago, y Juan presenciaron a Jesús en toda Su gloria momentáneamente. En la Eucaristía, Jesús no transforma el aspecto del pan y el vino, sino que transforma la sustancia que los hace pan y vino para que experimentemos la gloria de Jesucristo al recibir la Eucaristía. Después se aparecen Moisés y Elías a su lado. Este momento es para aumentar la fe de los apóstoles presentes: han visto a Su Maestro transfigurado, y ahora lo ven en línea con estas dos personalidades representando la ley y los profetas.

Así fue para ellos: experimentaron el simbolismo que Jesús les proveyó. Nosotros tenemos el simbolismo que la Iglesia nos provee durante esta temporada de Cuaresma. Además, nuestra relación personal con Dios toma forma de manera única con cada uno de nosotros. Y, aun así, tenemos el ejemplo de los santos como nuestra guía, ya que ellos siguieron el ejemplo directo de Jesucristo. Es por esto por lo que nos dice san Pablo hoy, “Sean todos ustedes imitadores míos.” Esto no lo dice por arrogancia sino porque él mismo intenta imitar a nuestro Señor. Oremos, entonces, para recibir la gracia de Dios para que nosotros también podamos ser un ejemplo de Cristo, para que podamos ser símbolos y un aliento para otros en vivir su vida como cristianos.

Algo en que pensar:

¿Cuáles símbolos durante esta cuaresma me ayudan a estar en comunión con Dios?

¿Qué lugares son montes donde me siento más cerca del Padre para orarle?

¿Cómo es mi relación personal con Dios diferente o similar a la de otras personas?

fr. **Carlos Salas**, OP" <csalas@opsouth.org>